

LA PRODUCCIÓN FAMILIAR Y LAS ESTRATEGIAS DE SALUD ANIMAL

A. ZOTTELE¹, H. TAMAYO², S. BRIEVA³, L. IRIARTE³

¹*Centro Panamericano de Fiebre Aftosa (OPS/OMS)*

Caixa Postal 589, 20001-970 Rio de Janeiro, RJ, Brasil

²*Oficina Sanitaria Panamericana (OPS/OMS)*

Av. Naciones Unidas, 1204 e Iñaquito,

Ed. del Club de Leones 4º piso, Quito, Ecuador

³*Facultad de Ciencias Agrarias, Univ. Nac. de Mar del Plata*

CC. 276, Ruta 226, Mar del Plata, Argentina

RESUMEN. Los programas de erradicación de la fiebre aftosa se encuentran en fase avanzada en varios países de América del Sur. Asimismo, otras regiones del continente libres de la enfermedad desarrollan actividades de prevención, imprescindibles para evitar la introducción del virus. En ambas situaciones existe un amplio sector de tenedores de ganado, caracterizados genéricamente como pequeños productores. Ellos han acompañado en buena medida el esfuerzo continental por eliminar este flagelo. Sin embargo, la prevención y erradicación de la fiebre aftosa se sustentará en bases débiles si no se estimula una participación más activa de estos productores. Para tal fin, es preciso que los programas de fiebre aftosa se incorporen como un componente más en el conjunto de las actividades de desarrollo previstas para ese sector. Esta perspectiva demanda un mayor conocimiento sobre las características de las producciones familiares pecuarias en el continente y el curso de las políticas institucionales implementadas para el sector.

Después de un extenso período en el que predominó una concepción del Estado como regulador principal de las actividades económicas y sociales, los fundamentos de esa función han sido reconsiderados. El déficit fiscal y la ineficiencia en el uso de los recursos, entre otros factores, contribuyeron al descrédito de ciertas actividades públicas y a los periódicos procesos inflacionarios, con sus secuelas de especulación y problemas de cálculo económico para la inversión y el gasto.

Estos hechos debilitaron la capacidad de respuesta a los distintos problemas sectoriales. En particular, el deterioro de los servicios públicos de atención veterinaria, su excesivo grado de centralización y burocratización acentuaron la ya limitada capacidad efectiva de introducir, en el medio pecuario, modificaciones significativas sobre el comportamiento de los perfiles de salud y producción animal.

El consenso sobre las ventajas del sector público en la orientación del desarrollo cedió lugar, frente a los modelos que proponen la liberación de mercados y la privatización de empresas estatales, como palancas para ese desarrollo. Como parte de las propuestas neoliberales, las políticas

Solicitar separatas al :
Centro Panamericano de Fiebre Aftosa (OPS/OMS).

económicas estimularon la drástica disminución de las funciones del Estado como generador de bienes y servicios. Una consecuencia de esta situación fue la restricción de recursos, que afectó tanto el trabajo sanitario de los prestadores de servicios de atención veterinaria, como la motivación de los segmentos sociales vinculados a la ganadería.

Sin embargo, a medida que algunas regiones desarrollaron la capacidad de análisis y comprensión de la realidad ganadera y de la situación de la salud animal en el nivel local, se identificaron y coordinaron los recursos existentes para producir servicios de atención veterinaria, abriendo la posibilidad de ofrecer una mejor respuesta a los problemas de la producción animal.

Las nuevas situaciones demandan con urgencia que se incorporen alternativas para los pequeños productores, considerando sus expectativas y potencialidades, lo que por otra parte, es un requisito para aumentar su participación. (8,9).

En este contexto, aparecen cinco campos de acción relacionados con el mejoramiento de los perfiles de salud animal en áreas familiares de producción:

- promover la salud en el desarrollo mediante la cooperación al fomento ganadero en los sectores familiares de producción;

- impulsar la reforma del sector mediante procesos de descentralización técnica, administrativa y financiera de los Servicios Sanitarios Oficiales, que permitan la integración de los productores en los denominados Sistemas Locales de Atención Veterinaria;

- promover la salud a partir de la concepción de que los programas de salud animal constituyen un puente entre la agricultura y la salud pública;

- estimular la protección y desarrollo ambiental asociados al mejoramiento de los perfiles de producción animal, en áreas de pequeños propietarios;

- apoyar el control de enfermedades en la población animal que afectan a la producción pecuaria y a la salud pública.

En esa línea de ideas, dos temas serán tratados en este trabajo. En primer lugar, se caracterizará la producción familiar o la pequeña producción y su

rol estratégico en las sociedades latinoamericanas y, en segundo término, se presentarán sugerencias sobre un enfoque participativo para afrontar los cambios en el perfil de salud animal en las explotaciones familiares.

CARACTERIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN FAMILIAR

La agricultura familiar

La agricultura familiar de América Latina tiene diferentes características en virtud de las variadas circunstancias histórico-sociales de las etapas que surgen, tanto de la configuración de las culturas precolombinas como de los posteriores procesos de colonización.

La denominación de productores familiares abarca realidades diferentes como la de los minifundistas, agricultores campesinos, pequeños productores, productores familiares, colonos, medieros y otros. Mas allá de las diferencias entre estos sectores sociales, existen rasgos comunes a todos ellos, tales como la escasez del recurso tierra y capital y el carácter familiar del trabajo.

Algunos aspectos referidos a su heterogeneidad se expresan en diferencias significativas respecto al ritmo de adopciones e innovaciones tecnológicas, en el nivel de productividad y en los ingresos. Hay también diferencias en el nivel de educación formal, no formal e informal, así como en el acceso al crédito institucional (1).

Las diferencias indicadas se verifican entre países y entre microregiones dentro de un país, y dentro de una misma microregión. La imagen de una agricultura campesina uniformemente pobre, tecnológicamente tradicional, analfabeta, aislada del mercado y sin acceso a los servicios del Estado, no siempre corresponde a la realidad de estos países (5).

Las explotaciones familiares materializan los nexos de integración familiar y comunitaria en el proceso productivo, mediante la aplicación de prácticas tradicionales basadas en la incorporación de la fuerza de trabajo familiar. Estas eventualmente pueden complementarse con mano de obra asalariada.

Se encuentran distribuidas en todo el continente, dedicándose en vastas áreas a la producción pecuaria. Se caracterizan por ser una importante fuente de abastecimiento del mercado interno y por el gran número de familias que dependen de esa actividad (10). Así, en Ecuador se estima que existen dos millones de campesinos minifundistas que producen entre el 41 y 63% de diez alimentos básicos de la dieta familiar (15).

El número de pobres en el agro latinoamericano se ha incrementado desde 1970 alcanzando, según las estimaciones de FAO, las dos terceras partes de la población rural, que comprende aproximadamente a 126 millones de personas. El estudio de CEPAL/PNUD estima que el número absoluto de pobres aumentó entre 1980 y 1989 en 89 millones de personas (13).

Los pequeños productores tienden a optimizar sus ingresos y orientan su producción mayoritariamente al autoconsumo o al consumo interno, aunque existen algunos sectores minoritarios que producen con una racionalidad económica de maximización de la rentabilidad y se encuentran en condiciones de incorporar mayor tecnología.

Objetivos de la producción familiar

La pequeña producción pecuaria, organizada a partir de la unidad familiar, facilita una mayor disponibilidad de alimentos para las familias y disponibilidad de recursos en la medida que logra aumentar la productividad y los ingresos (4).

La unidad familiar campesina a la vez que una unidad de producción es una unidad de consumo. Una parte significativa de su producción se destina al autoconsumo y la otra al intercambio. Por ello las decisiones de producción y consumo la toma de manera simultánea (12).

En estas unidades resulta difícil separar la actividad doméstica de la productiva. En tal sentido, la primera se conforma con un conjunto de productos destinados al consumo directo o autoconsumo familiar que satisfacen una parte de sus necesidades, en tanto la segunda, constituida por el excedente sobre ese autoconsumo, se destina a la adquisición

de otros bienes que aseguren la continuidad de esa unidad productiva.

La unidad de producción se relaciona con el mercado de productos a través del componente de producción excedente, e ingresa a un circuito comercial regido por leyes económicas que responden a la lógica de las economías empresariales. También se relaciona con el mercado de trabajo, cuando la mano de obra familiar no encuentra aplicación en la unidad productiva campesina y debe procurar emplearse fuera de la misma.

Para comprender el comportamiento económico de las unidades familiares es necesario establecer un postulado acerca del conjunto de objetivos que persigue y que guían sus acciones. Los economistas neoclásicos han caracterizado a las economías familiares como renuentes al cambio y conservadoras. En realidad, estas economías tienen un comportamiento económico que se caracteriza por una gran aversión al riesgo, fundada en el hecho de afrontar mayores riesgos ante la inestabilidad de los precios del mercado y su condición de pobres. Es así que diversifican su producción y poseen una respuesta relativa a los estímulos económicos, por ejemplo, ante una baja de precios de sus productos incrementan la oferta a costa de una sobreexplotación de la mano de obra familiar.

Debido a que la racionalidad económica de una unidad surge como respuesta al contexto en el que ella opera, describirlo es esencial para entender las condiciones de incertidumbre que enfrenta en la producción y en el intercambio. La pobre dotación de recursos en cantidad y calidad, lleva a la unidad familiar campesina a una conducta caracterizada por la aversión al riesgo. Es decir, busca minimizar riesgos, optando por sacrificar un pequeño ingreso promedio adicional a la posibilidad de una gran pérdida en su ingreso.

La racionalidad de la minimización de riesgos implica que la unidad familiar busca asegurar un nivel mínimo de ingresos. Dada su pobreza, no está en condiciones de poner a juego su supervivencia realizando actividades de alto riesgo.

Su producción es diversificada y no especializada. Una consecuencia empírica del postulado

de aversión al riesgo es que la unidad maneja un esquema diversificado de actividades y, por lo tanto, de recursos.

Estas economías presentan una gran debilidad ante la composición de su oferta que se encuentra dispersa, atomizada y diversificada, necesitando de desprenderse de su producción rápidamente e incluso antes de sus zafras (cosechas) para continuar con el ciclo productivo. A todo esto se suma la casi inexistente organización de productores que defiendan sus intereses.

Otra consecuencia es que la respuesta de la unidad familiar a cambios de incentivos económicos no es muy clara, ni inmediata. Bajo condiciones de incertidumbre, las decisiones se toman en base a expectativas. Nuevos incentivos económicos podrán modificar sus expectativas, pero ello tomará tiempo. Dado que los ciclos de producción agropecuaria son usualmente largos, la evidencia sobre la ventaja de los nuevos incentivos tendrá que repetirse por varios años para cambiar sus expectativas (5, 6).

Esta aversión al riesgo explica por qué la adopción de tecnologías exógenas —en su generación— a la economía campesina, sea lenta, gradual, y esté sujeta a la experimentación inicial por un pequeño grupo de productores. La intensidad de la aplicación y de las adaptaciones, realizadas posteriormente por grupos mayores, estará en relación con los cambios de productividad observados en los primeros.

Este proceso de innovaciones afecta los costos unitarios de producción desde que los productores deben incurrir en gastos de inversión referidos a las fases de información, experimentación y adopción; inversiones que se encuentran restringidas por la falta de mercados financieros, de seguros, de insumos, de transacción, y de servicios de extensión en el medio rural (5, 6). Por otra parte, se destacan los problemas aparejados por la lentitud en la incorporación y en los costos derivados de la misma, que se presentan para estos productores en el proceso de adopción tecnológica. Los costos de experimentación e información aumentan significativamente los costos unitarios de producción.

Sobre los paquetes tecnológicos, debe señalarse que en la mayoría de los casos no han sido diseñados para estas economías, constituyendo

uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. De ahí, que muchas veces ignoren los argumentos en favor de una mayor rentabilidad, o la elevación de los rendimientos y las relaciones costo/beneficio.

Componentes de la producción familiar

Al analizar el sistema de producción familiar, se pueden distinguir los componentes efectivos (ingresos por venta de la producción, egresos por procesos productivos y gastos efectivos de la familia) a los que se deben agregar los no efectivos, provenientes básicamente de la producción para autoconsumo y los trabajos realizados fuera de la explotación.

Estos componentes no efectivos forman parte de la estrategia económica de este tipo de productores y su valoración resulta relevante no solo por la incidencia relativa en el ingreso global, sino porque permite y garantiza la continuidad de la explotación como tal.

Tipologías campesinas

En América Latina, la existencia, identificación, delimitación y caracterización de economías campesinas son relativas a cada región y espacio económico-social. Así, es posible encontrar una amplia gama de tipologías campesinas en atención a su pasado histórico, ideología y cultura, al grado de articulación con el mercado, a su especialización productiva, a su nivel de organización y desarrollo comunitario, y a su disponibilidad y calidad de los recursos naturales.

Los países que integran la Subregión Andina, por ejemplo, están vinculados entre sí por múltiples lazos históricos, sociales y geográficos, destacándose entre estos últimos la Cordillera de los Andes, cuya presencia, volumen y vigor se va atenuando de sur a norte.

Sin embargo, la Cordillera de los Andes, en donde se ha identificado el dominio cuantitativo de modalidades campesinas de producción, no

constituye un accidente geográfico de determinación económico-social, sino el espacio a partir de cuyo manejo y control se desarrolló históricamente una sólida civilización agraria y se generaron eficientes y productivas formas de organización social de la producción.

El sector más importante de esta Subregión está constituido por pequeños propietarios que representan más de las dos terceras partes de la población rural, superando los cuatro millones de familias. La población indígena ocupa lugar importante en la configuración poblacional, sobre todo en Bolivia, Perú y Ecuador, en donde alcanzan: 71, 47 y 43 %, respectivamente (14).

Por otra parte, cuando se analiza el interior de los espacios locales —la diversidad de experiencias, de estructuras organizacionales (asociaciones, comunas, cooperativas), y de acceso a determinados servicios (carreteras, financiamiento, asistencia técnica, dotación de insumos, acceso al crédito)— aparecen nuevas dificultades para agrupar de manera homogénea a las diferentes escalas de producción campesina. Lo expuesto se agudiza si se considera que una proporción importante de pequeños campesinos no disponen de tierra para la cría, alimentación y producción animal.

En la mayoría de los casos, inclusive en aquellos donde la eficiencia de los factores productivos se consideran aceptables, los pequeños productores tienen limitaciones para lograr los niveles de subsistencia familiar en términos de los procesos histórico-culturales particulares en cada área.

Una característica común al universo de pequeños productores es la escasa disponibilidad de tierra útil para el proceso productivo. Sin embargo, bajo esta consideración, la superficie de la propiedad campesina, expresada en términos globales, se torna relativa en los diferentes países y regiones. Así, por ejemplo, el prototipo de una explotación campesina localizada en los valles y partes altas de la Cordillera de los Andes de Ecuador es el minifundio, rezago de los antiguos huasipungos, cuya superficie se encuentra por debajo de las 5 hectáreas. Por el contrario, pequeña propiedad en las regiones tropicales de la costa o

amazonia es aquella cuya superficie se encuentra en alrededor de las 50 hectáreas, como resultado de los procesos de migración y colonización campesina.

El concepto de pequeña propiedad entonces, antes que deducible exclusivamente por el tamaño de la propiedad, se relaciona y depende de otros factores tan importantes como el anterior. Entre ellos se destacan la calidad del suelo, ubicación de la propiedad, disponibilidad de riego, infraestructura, acceso a los mercados, etc. Estas constataciones dificultan aún más una regionalización de los asentamientos campesinos de América Latina, a partir de la información censal disponible en los países (11).

Otra propuesta aceptable aunque posiblemente arbitraria, con la que coinciden algunos investigadores de la situación rural de América Latina, es la de que pequeños campesinos podrían considerarse a aquellos que, paralelamente a la producción de bienes agrícolas destinados a la canasta familiar, producen alimentos de origen animal a partir de un número inferior a 10 cabezas de ganado mayor (bovino, ovino, auquénido, porcino) y algunos animales menores (cobayos, aves) en propiedades menores a las 10 hectáreas de superficie.

CARACTERIZACIÓN DEL PERFIL DE SALUD ANIMAL EN LA PRODUCCIÓN FAMILIAR

Con las restricciones que surgen de los comentarios precedentes, aquí se describen elementos de orden general, comunes a las áreas de Chalatenango, El Salvador y Ocotepeque, Honduras; Cordillera Central, Argentina y Chile; Itaguaí, Brasil; y al área andina, Ecuador. La pequeña producción pecuaria puede definirse por sus rasgos principales de la siguiente forma:

Los ingresos corrientes destinados al sustento diario del núcleo familiar provienen de la venta de productos generados por la actividad pecuaria (leche, huevos, lana, aves, cobayos, etc). Ingresos ocasionales se materializan por la venta de animales mayores o de productos agrícolas y por el salario

temporal, generalmente del jefe de la familia, en actividades urbanas. En los últimos años se observa un cambio en esta situación, verificándose una creciente participación de ingresos provenientes del trabajo femenino, a medida que surge la demanda de empleo de parte de la agroindustria intensiva en fuerza de trabajo.

La estructura de la producción se caracteriza por el predominio de la pequeña propiedad, tierras de mala calidad, tamaño pequeño del rebaño bovino que coexiste con otras especies animales, aprovechamiento integral y diversificado de la producción (carne, leche, abono, utilización de los animales como medio de trabajo para labores agrícolas, etc.), vinculación con la transformación artesanal de la producción (textiles, lácteos, cárnicos, etc.), escasa o ninguna tecnología (mecánica, química o biológica), y abundante mano de obra familiar. El componente genético de la ganadería es básicamente criollo o mestizo, rústico a las condiciones de manejo y características ambientales.

En contraste con la limitada o ninguna inversión de capital fijo, las prácticas tradicionales de manejo y características desfavorables de los recursos naturales en que opera el proceso productivo, la producción ganadera campesina registra algunos indicadores de cierta eficiencia productiva. Entre ellos se destacan la alta carga animal y rendimientos de leche y carne por unidad de superficie, aunque otros indicadores muestran un comportamiento diferente, como el intervalo entre partos, la edad al primer parto, y la producción de leche vaca/día, entre otros.

El perfil de producción y salud animal en estas economías presenta restricciones críticas derivadas de la carencia de forrajes para la alimentación del ganado. Estas se superan mediante el pastoreo libre de los animales, durante algunas horas del día en caminos vecinales, quebradas, acequias, etc., o mediante el suministro estacional de subproductos generados por las cosechas agrícolas (hojas y caña de maíz, tamo de trigo y cebada, caña de azúcar, etc.) que los tornan susceptibles a problemas nutricionales, carenciales y parasitarios que limitan su capacidad potencial productiva. Por las condiciones de manejo de los animales existe un alto riesgo de transmisión de

enfermedades zoonóticas al núcleo familiar (rabia, brucelosis, tuberculosis, hidatidosis, teniasis/cisticercosis, etc.), parcialmente incorporadas a programas de atención primaria de salud.

Otra de las restricciones fundamentales que afectan negativamente a los perfiles de producción animal de las economías campesinas se relaciona con la inexistencia de infraestructura de industrialización, acopio, transporte, comercialización y distribución de la producción animal. Ello provoca que el sistema de intermediación se apropie de una parte significativa de los eventuales excedentes monetarios.

En la mayoría de las unidades de producción campesina es posible observar una adecuada rotación de cultivos y prácticas de conservación y protección del suelo (área andina). Sin embargo, en ciertas áreas los asentamientos campesinos han dado lugar a la deforestación y deterioro del ambiente (América Central).

Existen ofertas tecnológicas que en la mayoría de los casos no responden a las necesidades de las economías familiares, lo que explica parcialmente la resistencia a su adopción.

El destino de los recursos materiales, humanos y financieros generalmente no se asigna en forma eficaz. En la mayoría de los casos existe dificultad de acceso a los canales formales para la notificación y registro de enfermedades vesiculares y de otras enfermedades transmisibles que eventualmente y de forma drástica puedan afectar a la población animal.

Economías familiares que tienen el mismo carácter estratégico, pero con una mayor articulación con el mercado, en áreas netamente ganaderas como las que se encuentran en la cuenca del Salado de Argentina, en Jaji en el estado de Mérida en Venezuela, en algunas regiones del sur del Brasil y en el Uruguay, muestran otra problemática. Por ejemplo, en la zona de Cacharí, que es mayoritariamente de producción familiar, se observa que:

- al ser la cría de animales la principal actividad comercial, los ingresos más importantes provienen de la venta de terneros. Los llamados ingresos extraprediales (no provenientes de la producción), devienen básicamente del cobro de

jubilaciones y de trabajos realizados fuera de la unidad familiar. Estos pueden ser transitorios o permanentes, y estar o no relacionados a la actividad agropecuaria;

- es frecuente el empleo de mano de obra en explotaciones de carácter empresarial, lo que refleja una articulación con otras tipologías de producción, resultando por lo tanto funcionales al sistema. Ambas subsisten porque pueden articularse (7).

Si bien el autoconsumo constituye una estrategia importante dentro de la economía familiar, un aspecto que merece destacarse es la tendencia declinante que éste presenta en los últimos años. Este hecho refleja la creciente articulación al mercado y por ende, una mayor monetización de la producción.

Desde el punto de vista de la calidad de los recursos naturales disponibles es importante señalar que, en el caso de la economía familiar pampeana, de Jají, del sur brasileño y de Uruguay, no se comprueban grandes desequilibrios con referencia a la producción empresarial. Esta situación poco frecuente en el resto de latinoamérica, se caracteriza por una progresiva marginación de esta producción hacia las peores tierras.

En términos generales se puede decir que estos sistemas de producción son relativamente sostenibles, ya que se mantienen en el tiempo sin afectar en gran medida los recursos naturales. Sin embargo, un nivel de inserción creciente al mercado pone en un serio riesgo la continuidad de estas economías. No obstante aquellas áreas de aptitud forestal, el continuo desplazamiento de estos sectores campesinos hacia zonas no incorporadas a la producción, conlleva al deterioro y agotamiento de los recursos naturales en el proceso de expansión de la frontera agrícola.

La producción promedio está por encima del valor promedio de la zona, y es similar al de otros tipos sociales más capitalizados. El rodeo en estas explotaciones está compuesto por animales de base genética, para fines específicos de producción.

El perfil de salud animal está afectado principalmente por enfermedades de la reproducción y parasitosis, estas últimas favorecidas por el anegamiento y el estancamiento de aguas. La ocurrencia de enfermedades vesiculares es esporádica.

Los bajos ingresos no permiten efectuar inversiones y obligan a realizar trabajos fuera de la explotación, fenómeno asociado con el despoblamiento y envejecimiento de la población rural. Existen dificultades en la producción y comercialización debido, en parte, a las deficiencias de obras de infraestructura vial y limitaciones de acceso al crédito, mismo que se encuentre afectado por una alta carga fiscal. La falta de cobertura social de salud para el pequeño productor es notoria.

Las dos áreas hasta aquí descritas expresan la variedad de los problemas que enfrentan los pequeños productores de América Latina y, por lo tanto, la diversidad de líneas de acción a utilizar para lograr una participación activa de estos actores sociales en propuestas tendientes a mejorar sus niveles de vida. Estas propuestas deben ser impulsadas desde los niveles centrales, siendo algunas de ellas de gran necesidad para las políticas nacionales globales, por ejemplo, los Sistemas de Información y Vigilancia Epidemiológica a Nivel de Salud Humana y de Salud Animal (2).

LOS PEQUEÑOS PRODUCTORES Y LOS PROBLEMAS DE SALUD Y PRODUCCIÓN

En cuanto a la atención de los problemas de salud animal también se puede afirmar que los pequeños productores toman selectivamente la tecnología recomendada con la particularidad que lo hacen asistemáticamente. Ello hace ineficiente dicha práctica, afectando a la productividad de sus rebaños.

El incremento de la productividad, y por ende de sus ingresos, está asociado en diversas proporciones a la atención de los problemas sanitarios característicos tales como, los derivados de la desnutrición, ectoparásitos y endoparásitos, brucelosis, baja natalidad y edad alta de las primerizas, tricomoniasis, leptospirosis, entre los más significativos. Sin embargo, se observa que los proyectos implementados hasta ahora no han

partido de la comprensión de sus necesidades específicas, por que no han contemplado el punto de vista de los pequeños productores, en especial aquellas propuestas tendientes a mejorar sus actuales condiciones de vida.

Una de las características del desarrollo tecnológico para el campo es que las innovaciones son exógenas a la economía campesina. Los campesinos pueden ser innovadores principalmente en el sentido de racionalizar, pero no en generar sus propias innovaciones. En esta línea de pensamiento se abre un espacio para tratar de eliminar la dependencia de las economías campesinas a las innovaciones que provienen desde afuera, estimulando el desarrollo de tecnologías propias. Esto implica en transformar al campesino pasivo en actor principal en la generación de innovaciones, y más aún, en modificar las relaciones actuales entre el campesinado, la extensión y la investigación agrícola (5).

En tal sentido, se entiende que toda comunidad tiene potencialidades para definir sus problemas y sus necesidades a través de un aprendizaje mutuo y reflexivo y, además, que cualquier acción que se decida emprender para alcanzar el éxito necesita de la participación de todos los sectores interesados desde un principio, es decir, desde la definición de los problemas para la elaboración de un diagnóstico hasta la determinación de las alternativas de solución.

La plena participación de la economía familiar en el análisis de su propia realidad promueve un proceso de transformación en beneficio de todos los involucrados. Por esta razón se entiende por participar, no solo estar informado y opinar sobre la marcha de las acciones, sino adquirir el derecho a intervenir en el proceso de toma de decisiones.

La capacidad de identificación de problemas y prioridades transita por el conocimiento de las condiciones particulares bajo las cuales se desenvuelven esas explotaciones pecuarias. Tal conocimiento debe sustentarse en la percepción de las necesidades reales que establecen los propios productores. Las acciones deberán apuntar a resolver esas prioridades, dando respuesta a los problemas sentidos por la comunidad, y permitiendo

avanzar en la definición del perfil de salud animal y salud pública.

LOS PEQUEÑOS PRODUCTORES Y LOS PROGRAMAS DE SALUD ANIMAL

Cualquier proyección que tenga por objetivo mejorar el perfil de salud animal y salud pública debe incorporar la participación de los pequeños productores. Necesariamente, deberán relacionarse a los servicios veterinarios públicos y privados, de manera de ofrecer cooperación en aquellas áreas sensibles para este sector de ganaderos, a través de estrategias diferenciales.

El proceso de participación es crucial desde el punto de vista de la viabilidad de los programas de salud animal y, en particular, para el Plan Hemisférico para la Erradicación de la Fiebre Aftosa (3). El Plan se encuentra en una fase donde la incorporación de los amplios sectores de pequeños productores que abarca poblaciones, territorios y ganado, que por su importancia serán clave de un Plan que cada vez más tendrá que sustentarse en la prevención y en la vigilancia epidemiológica.

LOS PEQUEÑOS PRODUCTORES Y LOS SISTEMAS LOCALES DE ATENCIÓN VETERINARIA

Las áreas donde la descentralización y participación comunitaria tuvieron un desarrollo mayor son las que lograron los avances más significativos respecto a los objetivos de salud animal. Por ejemplo, la implementación del Plan Nacional de Control de la Fiebre Aftosa 1990-92 en Argentina es una experiencia que une y moviliza en forma conjunta recursos del sector público y privado. Se han conformado alrededor de 350 Comisiones Locales de Lucha contra esta enfermedad que reúnen aproximadamente 266.000 productores que cubren la totalidad del país. La próxima etapa es extender esa participación entre los pequeños productores. Para tal fin, es necesario que los programas de salud animal, y en particular

los de combate a la fiebre aftosa, se inscriban en un proceso de desarrollo ganadero que tome, como punto de partida, la forma de percibir el problema y las soluciones sugeridas por los productores.

En el enfoque participativo subyacen una serie de premisas sobre el redimensionamiento del espacio local, es decir, la proyección que cobra una comunidad a partir de la identificación y aporte de soluciones a sus problemas; la labor del servicio local de salud, al ser en la mayoría de los casos el veterinario local el promotor y sustento de la propuesta; la rapidez, la flexibilidad y agilidad de la etapa de diagnóstico y la necesidad de contar con un grupo interdisciplinario de profesionales capaces de proporcionar técnicas acordes con las prioridades de los pequeños productores, como así también detectar problemas que constituyan líneas de investigación en sus respectivas disciplinas. Sin duda, una propuesta de esta naturaleza necesita, además, de profesionales consustanciados con la esencia de la misma.

La viabilidad de este tipo de propuestas participativas está condicionada por una parte, por la real participación de los productores y por otra, por la decisión y vocación de las instituciones públicas y privadas nacionales e internacionales en promover, conducir, y financiar los recursos materiales y humanos necesarios para llevar a cabo las actividades propias del enfoque enunciado.

Este tipo de propuestas en América Latina son de larga data. No obstante, el carácter de largo plazo que implica el desarrollo e implementación de este enfoque, hace que los intentos realizados no hayan obtenido mayor repercusión debido a obstáculos asociados con: a) necesidad de continuidad en el tiempo, b) inadecuada y en muchos casos inexistente propuesta técnica, c) decisiones políticas a corto plazo y d) alta movilidad de los técnicos que ejecutan estos proyectos.

En tal sentido, estas limitaciones deben ser consideradas desde la implementación, a fin de contrarrestar sus efectos adversos. Aunque un proceso participativo no garantiza la perfección en la captación de la realidad, permite definir con mayor precisión los problemas más sentidos de la comunidad, facilita la interacción y confronta la realidad con las interpretaciones teóricas y torna

más eficaz la intervención de las instituciones, profesionales, organizaciones y productores.

CONCLUSIONES

La problemática global de los pequeños productores involucra aspectos tan variados como los referidos a la tenencia de la tierra, producción pecuaria, nutrición, saneamiento ambiental, educación, comercialización, crédito, acceso a la asistencia técnica, problemas de innovación tecnológica, esquemas organizativos de las comunidades rurales. Estos aspectos conllevan a profundizar el conocimiento de esa realidad específica, identificando los problemas a resolver. Dentro de ellos, la definición de las prioridades establecidas por los productores resulta ineludible.

Los sistemas familiares de producción ganadera presentan problemas de salud pública y de salud animal de tal amplitud y complejidad que, su percepción respecto a ciertas enfermedades del ganado vistas en forma aislada, no despiertan su inquietud.

La capacidad de identificación de los problemas y de las prioridades pasa por un conocimiento de las condiciones particulares bajo las cuales se desenvuelven esas explotaciones pecuarias. Ese conocimiento debe sustentarse en la percepción sobre las necesidades reales que establecen los propios productores. Las acciones deben apuntar a resolver esas prioridades.

La atención a pequeños productores tendría como finalidades centrales la promoción de la salud pública y el fortalecimiento de la vigilancia epidemiológica. Asimismo, deberán tomar en consideración la gran cantidad de experiencias institucionales y extra institucionales que malograron, al no incorporar en el diseño a los verdaderos gestores de la transformación, que son los propios productores.

REFERENCIAS

1. ASTORI, D; ARRATE, C., GOYETCHE, L. *La agricultura familiar uruguaya: orígenes y situación actual*. Uruguay, Fundación de Cultura Universitaria, 1982.

2. ASTUDILLO, V.M., ROSENBERG, F.J., ZOTTELE, A., CASAS O., R. Considerações sobre a saúde animal na América Latina. *Hora Veterinária*, 9 (54): 37-43, 1990.
3. CENTRO PANAMERICANO DE FIEBRE AFTOSA. *PANAFTOSA y las prioridades políticas de la OPS para el próximo cuatrienio*. Rio de Janeiro, 1994. (En prensa)
4. CEPAL. *Economía campesina y agricultura empresarial*. México, Ed. Siglo, XXI, 1982.
5. FAO. *Informe alimentario mundial*. Roma, 1984.
6. FAO. *Políticas agrícolas y políticas macroeconómicas en América Latina*. Roma, 1992.
7. FIGUEROA, A. Desarrollo agrícola. En: SUNKEL, O. (Comp.). *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para América Latina*. México, El Trimestre Económico, 1991.
8. FIGUEROA, A. *Educación, mercados y tecnología en la pequeña agricultura de América Latina*. Santiago de Chile, FAO/CEPAL, 1993. 62 p.
9. IRIARTE, L.; BILELLO, G. *Propuesta de desarrollo rural participativo*. Argentina, Univ. Nac. de Mar del Plata, Univ. Nac. del Centro, 1992.
10. JORDAN, F. (Comp.). *La economía campesina. crisis, reactivación y desarrollo*. San José, Costa Rica, 1989. 292p. (Investigación y desarrollo/IICA 19).
11. ORGANIZACION PANAMERICANA DE LA SALUD. *Desarrollo y fortalecimiento de los sistemas locales de salud: salud de los pueblos indígenas*. Washington, D.C., OPS/OMS, 1993. 21p. (HSS/SILOS-34)
12. ORGANIZACION PANAMERICANA DE LA SALUD. La producción pecuaria de subsistencia. una necesidad para la salud y el bienestar de los pueblos. En: *VIII Reunión Interamericana de Salud Animal a Nivel Ministerial*, Washington, D.C., OPS/OMS, 27-29 de abril de 1993.
13. ORTEGA, E. La agricultura campesina en América Latina y el deterioro del medio ambiente. En: SUNKEL, O., GLIGO, N. *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980. p. 538-579.
14. SERRÃO, U.M., DORA, J.F., MUZIO, F., TAMAYO, H., ZOTTELE, A., ASTUDILLO, V. Atención veterinaria local./Local veterinary attention. *Bol. Centr. Panam. Fiebre Aftosa*, 57: 60-73, 1993.
15. TAMAYO, H. La estructura de producción como determinante de salud animal. En: LE CHAU (Ed.). *Investigación agraria y crisis*. Quito, Ecuador, Corp. Edi. Nac., 1986.

Anuncio

Catálogo de Publicaciones, 1952-1993
 Centro Panamericano de Fiebre Aftosa (OPS/OMS)
 Rio de Janeiro, Brasil, 1994

Este documento estará disponible en el segundo semestre de 1994. Se trata de una compilación de las publicaciones hechas por el personal técnico de PANAFTOSA.